

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO I.

Situacion en que se encontraba México en la época en que da principio nuestra historia.

Hacia siete años que México se habia emancipado de España. Sus hijos, despues de haber ensayado diversos sistemas políticos, llegaron á formar dos bandos compactos que se hacian una guerra á muerte.

Estos dos bandos eran el liberal exaltado y el moderado. Aquel denominado *yorkino*, y este *escoces*.

Uno y otro celebraban sus reuniones masónicas, y tenian reservados edificios llamados logias, en que trataban, con el mayor misterio, de los negocios políticos, poniendo en juego todos los medios que consideraban eficaces para el triunfo de sus ideas.

Los yorkinos acusaban al partido contrario de estar en connivencia con los españoles para hacer volver al país á la obediencia de su antigua metrópoli, mientras los escoceses acusaban á los contrarios de impíos, intolerantes y enemigos de todo órden social.

A quién se inclinara la mayoría de la nación, fácil es adivinarlo. El país acababa de sacudir su larga dependencia, y miraba con horror todo aquello que pudiese inspirar la menor sospecha de volver al pasado régimen. En consecuencia, las logias de York adquirieron tal preponderancia desde el instante en que se plantearon por Poinsett, ministro de los Estados-Unidos en México, que todo el mundo preveía el daño que de ella debía resultar á los pacíficos españoles radicados en aquel suelo, á quienes atribuían los yorkinos todos los trastornos con que se agitaba el país.

Verdad es que el partido escoces no abrigaba las ideas que sus contrarios le suponían; pues si cierto es que no estaba por la expulsión de los españoles, también lo era que amaba la independéncia de su nación con el mismo ardor que sus enemigos políticos.

Los insultos que uno y otro partido se prodigaban, ya de palabra, ya por la prensa, y no pocas veces recurriendo á las armas, habían recrudecido de tal manera los ánimos, que ambos esperaban con ansia el momento oportuno para ventilar en el campo de batalla los destinos de la patria.

Los yorkinos, creyendo de buena fé que los españoles trabajaban en secreto porque México volviera al poder de España, habían resuelto arrojarlos del país temiendo su influencia. Los escoceses, que no veían en ellos mas que hombres laboriosos, ricos, honrados, útiles al país y extraños á la política, se propusieron lo contrario.

Por desgracia de nuestros compatriotas, estaba demasiado reciente un hecho que daba fuerza á la desconfianza de los liberales exaltados, y este hecho era el siguiente.

Dos imprudentes religiosos españoles, Fr. Francisco Martinez y Fr. Joaquin Arenas, dieguino éste, y dominico aquel, juzgaron facilísimo, viendo el malestar á que habían llevado las revoluciones á los pueblos, hacer volver á los mexicanos á su antigua obediencia.

cia hácia la España, y proyectaron al efecto, sin que los españoles tuvieran noticia de aquel descabellado plan, ganar á varios jefes del ejército mexicano á quienes creían adictos al gobierno español. Seducidos con las lisonjeras esperanzas que habían concebido, solicitó Fr. Joaquín Arenas en Enero de 1827, tener una entrevista con D. Ignacio Mora, que era el comandante general de México, y habiéndola conseguido, le expuso sin rebozo el plan proyectado. Mora fingió participar de las ideas del religioso, y le citó para otra entrevista, manifestando que deseaba que esplayase mas su plan; pero en cuanto se separaron dió parte al presidente y á los ministros de todo lo ocurrido. El gobierno, alarmado con esta noticia, hizo que se escondieran en el sitio de la conferencia algunas personas, poco antes de la cita, para que sirviesen de testigos. Fr. Joaquín Arenas fué puntual, y no bien expuso su proyecto, cuando salieron los que ocultos estaban y lo redujeron á prision, así como á Fr. Francisco Martínez.

Pronto se vió que aquel descabellado plan no tenia ramificación ninguna; pero el pueblo creyó lo contrario, y en consecuencia, los dos

religiosos fueron fusilados; Fr. Francisco Martínez en la capital, y Fr. Joaquín Arenas cerca del bosque de Chapultepec.

Como acontece siempre en casos semejantes, los espíritus recelosos dieron tal importancia á aquel caso aislado, que varios miembros de las logías escocesas se pasaron á las yorkinas, creyendo que, en efecto, convenia la expulsion de los españoles. Los que estaban convencidos de la inocencia de éstos, trataban de visionarios á sus contrarios; y unos y otros se propusieron llevar á cabo, por medio de las armas, sus ideas políticas.

Los españoles, que nada de esto ignoraban, veían salir de aquella lucha la tempestad que debía estallar sobre sus cabezas, como vé el navegante, del choque de los vientos, alzarse la tormenta que le sepultará en el abismo de los mares.

Tal era, en breves palabras, la comprometida posicion en que se encontraban nuestros compatriotas y la nacion mexicana, en los momentos en que principia nuestra novela.

Procurarémos, pues, relatar los hechos históricos, con la imparcialidad que á escritores

honrados corresponde, para que el lector, lejos de perder un tiempo inapreciable, adquiera, con la lectura de nuestro libro, el conocimiento exacto de escenas altamente interesantes de la historia Hispano-Mexicana.

CAPITULO II.

Amor y deber.

Era la noche del 1º de Diciembre de 1828. La grandiosa capital del antiguo imperio azteca, la ciudad de las ciudades del Nuevo-Mundo, yacia entregada al dulce reposo que sucede á la agitacion, bullicio y movimiento del dia. El mas profundo silencio y la mas tranquila calma reinaban por todas partes.

El cielo presentaba ese aspecto encantador propio de la vírgen América; cielo diamantino y diáfano, donde á torrentes nada la luz de mil colores, prestando miríficos matices á los cándidos celajes bordados de fulgurantes astros que, enal otros tantos ojos de la Providencia velaban la creacion.

Una mujer, hermosa como el recuerdo del primer amor, contemplaba desde su baja ventana que daba á la solitaria plazuela de San

Fernando, aquella azulada bóveda tachonada de cintilantes estrellas, y fijaba por último sus grandes y rasgados ojos, en una nubecilla negra, casi imperceptible que se descubria en el horizonte.

Embebecida con mil ideas melancólicas, no acertaba á apartar la vista de aquel punto oscuro del cielo, que iba cobrando por momentos gigantescas y amenazantes proporciones. Las bellezas que ostentaba el universo, dejaron de ocupar su preocupada imaginación: aquella imperceptible nubecilla describía á su vista una historia de dolorosas páginas que deseaba y temía leer á la vez: quiso por un momento apartar los ojos de ella, pero no pudo: una fuerza secreta, un impulso irresistible, la obligaba á tener fija la vista en aquel centro de atracción, en que, á pesar suyo, giraban sus ideas en un círculo de pasadas venturas y de presentes sinsabores.

¡Incomprensibles arcanos del corazón humano! ¿Por qué en esa terrible lucha de dos deseos encontrados que combaten al hombre desdichado, triunfan las ideas que vivifican y fomentan los recuerdos que enlutan su existencia? No está á nuestro alcance la solución

de este misterio. Solo sabemos que para el alma que padece, las ajenas alegrías son un tormento, y que solo encuentra placer con los objetos que están en relación con su amargura. El desgraciado que sufre en la tierra, busca la soledad, porque la tristeza es el alimento que está en consonancia con su espíritu. Quisiera desterrar del pecho la dulce melancolía que le mata, y sin embargo, busca aquellos sitios mas retirados que están en armonía con su existencia, porque parece que responden con ternura á los suspiros que exhala el alma, y que el mundo mira con insultante sonrisa.

La nube que absorbía toda la atención de la melancólica mujer que nos ocupa, se iba extendiendo rápidamente como un paño mortuorio sobre la capital conquistada en 1521 por Hernán Cortés, uno de los capitanes mas célebres que ha producido el mundo.

Las mil lámparas del cielo que hasta entonces se ostentaban llenas de luz, empezaban á ocultar sus plateados resplandores detrás de unos espesos nubarrones cenicientos y negros que se agolpaban y se sucedían unos á otros, como se agolpan y se suceden las desventu-

ras cuando vienen á oscurecer y destruir la tranquilidad del corazón del hombre.

Poco á poco el cielo se fué encapotando, y de rato en rato se veía la luz del relámpago, y se escuchaba el ruido del lejano trueno anunciando una próxima tempestad.

La calle en que empieza nuestra historia se encuentra colocada en lo mas retirado de México, por medio de la cual se extiende magestuoso el hermoso acueducto que surte de excelente agua á la poblacion. Calle pintoresca, rodeada de jardines y de flores, embalsamada por las perfumadas auras de Chapultepec y de San Cosme: llena de recuerdos históricos, donde hasta hace poco se descubria abierta la ancha zanja que, apoyado en su lanza, salvó el intrépido Alvarado, uno de los capitanes mas valientes de Cortés, en la memorable jornada conocida por *la noche triste*.

De repente todas las estrellas fueron extinguiendo su luz hasta ocultarse del todo detrás de los negros nubarrones, como se extingue la vista del moribundo hasta que sus ojos se ocultan detrás de los frios párpados que se cierran por toda una eternidad.

Aquella calle siempre tan animada, en esa

noche presentaba un aspecto sombrío, que lo hacia mas imponente el ruido causado por las pisadas de una que otra persona que atravesaba rápidamente para llegar á su casa antes de que la tempestad se desencadenara.

—¡Hé aquí la exacta copia de lo que duran las dichas de la tierra!—exclamó la jóven de la ventana, al ver ocultarse el último astro del firmamento. ¡Todo perece bajo la terrible huella del tiempo que, impulsado por Dios, jamas detiene su carrera!

Y al terminar estas palabras, un suspiro comprimido exhaló su alma.

Ocupada su mente con los recuerdos pasados, apenas tuvo tiempo para fijar sus negros ojos en el bulto de un hombre que, bajo uno de los arcos del acueducto, embozado en su capa y reclinado en el arco, hacia mas de una hora que la contemplaba de hito en hito, sin apartar de ella la vista, ni perder el mas ligero de sus movimientos.

Inmóvil, cual si una estatua fuera, aquel hombre parecia desafiar la tempestad.

Era el génio de las sombras velando el reposo de las tumbas.

Semejante á una de esas esculturas roma-

nas que parecen cuidar las obras grandiosas de las pasadas generaciones, aquel hombre permanecía mudo y quieto, adherido al arco del sólido acueducto.

Ni una palabra, ni un paso, ni un suspiro daba aquel solitario personaje; y á no ser porque de vez en cuando se quitaba su sombrero de anchas alas, llamado en el país *jarano*, para refrescar sin duda las ideas que bullian en su mente, ninguno al pasar por su lado le hubiera tomado por persona viviente.

Imposible es descubrir claramente sus facciones; pero por lo que á la luz que vierten los contínuos relámpagos se ha podido ver de ellas, su fisonomía es en extremo expresiva y varonil; su frente despejada y espaciosa, aguilena la nariz, pero fina y proporcionada como la de esas naturalezas privilegiadas que reúnen á una extremada ternura una fuerza fabulosa; un largo y fino bigote realzaba el bello corte de una boca regular, adornada de encendidos y delgados labios: su cabello finísimo y negro, peinado con suma gracia, dejaba ver una cabeza griega y perfecta; y su faz, de un pálido interesante, realzaba la viveza de sus grandes ojos negros que revelaban audacia,

sufrimiento y valor. Nada podemos decir del traje que vestía, porque la hermosa capa en que estaba embozado, solo permitía ver el pantalón, que era de riquísimo paño negro, y una bota de lustroso charol.

—¡Ni aun siquiera se ha dignado mirarme! ¡pero ella es tan desgraciada como yo!

Exclamó el hombre de la capa, sin que su voz llegase á traspasar el espacio que formaba el arco bajo el cual estaba apoyado.

Y volvió á quedar inmóvil, sin apartar los ojos de la mujer que permanecía en la ventana.

La tempestad en tanto había ido en aumento, y el agua empezaba á caer con indecible fuerza, azotando las vidrieras de los balcones.

Las campanas de la sólida torre de S. Fernando dejaban oír su siniestro zumbido, causado por las corrientes de aire que pasaban silbando, arrastrando tras sí torrentes de agua, iluminada con los mil relámpagos que cruzaban por la esfera, como sierpes de fuego que preceden al terrífico trueno al estallar el rayo. Al empuje violento de aquel terrible huracán, los árboles inclinaban sus copas hasta besar el suelo, y las agoreras lechuzas, sacudiendo sus

blancas alas, buscaban un lugar donde guarecerse en los agujeros mas recónditos del elevado campanario.

Nadie transitaba ya por la lúgubre calle; y la triste mujer que hasta entonces habia permanecido en la ventana entregada á sus profundas reflexiones, se estremeció de espanto y se santignó al herir sus ojos el deslumbrante resplandor de un relámpago. Otro mas violento y fuerte le sucedió en el acto, acompañado de la explosion producida por un rayo que llegó á derribar la cruz que enfrente al atrio del convento estaba. La jóven, asustada y llena de terror, cerró de golpe la vidriera, y corrió apresurada hácia el cuarto contiguo, en que dormia un niño de año y medio, cuidado por una antigua criada. La jóven madre se inclinó sobre el lecho, acercó sus maternales labios al apreciable rostro del hijo de sus entrañas, y grabó sobre su graciosa boca uno de esos besos de inefable ternura que envuelven una historia de pasados temores y presentes alegrías; uno de esos misterios incomprensibles del alma, reservados á los padres cuando ven libres de un riesgo, que juzgaran inminente, al ángel á quien han dado la vida.

La plazuela de S. Fernando estaba convertida en un inmenso lago.

Todas las puertas de las casas se encontraban cerradas, y no se divisaba en medio de la oscuridad que reinaba por todas partes otra luz, que la arrojada por el mezuquino farol colocado en la esquina de la plazuela, la de los relámpagos y la que se descubria al través de la vidriera que acababa de cerrar la heroína de nuestra historia.

Solo el embozado permanecia quieto en el mismo lugar, sin cuidarse de los elementos, mirando siempre hácia la vidriera, como en espera de que la volviesen á abrir.

—¡En vano espero!—volvió á murmurar, dejando ver en su rostro una señal de impaciencia.—Desde que se unió á ese hombre que ha labrado mi desgracia, no tiene la cruel ni una mirada de compasion para mí!

Y su pecho se oprimió con el peso de un recuerdo que reflejó en sus ojos toda la amargura del corazon.

—¡Ni la criada parece!—añadió el misterioso amante despues de un rato de silencio.—Hace bien: este es el mundo: ¿quién se interesa

por los desgraciados?... El egoismo domina la sociedad en que vivimos; y el egoismo solo engendra crueldad, indiferencia hácia todos los que nada pueden darnos: hácia todos los que necesitan de nosotros.

Y como si aquel pensamiento le abrumase, dejó caer la cabeza sobre el pecho; llevó la mano á la barba; fijó los ojos en el suelo con esa mirada vaga que en nada se fija, que no se aparta de un objeto, y que sin embargo no pone la atención en él, ni lo vé tal vez.

Pero si su vista permanecía inmóvil, no así su pensamiento.

Aquel hombre mantenía una lucha terrible dentro de su corazón; la del amor y el deber.

Dotado de una alma noble y generosa, dispuesta á todas las virtudes, nuestro personaje hubiera soportado sin quejarse, la suerte penosa á que le había condenado el destino, robándole el objeto de su amor, si en la mujer que amaba hubiese creído encontrar siquiera una de esas miradas de compasión que embalsaman la existencia de los amantes: una de esas miradas de indefinible ternura en que nos dice la mujer: *mi corazón es tuyo, pero mi deber me aleja de tí.*

Pero muy lejos de esto, nuestro desventurado amante, solo creía alcanzar desdenes y desprecios. Parecíale, y muy particularmente aquella noche, haber descubierto en la mujer que amaba, mayor empeño en manifestar indiferencia, marcado afán por alejarle de aquel sitio.

Esta reflexión le hizo salir de su estado de abatimiento: su entrecejo se replegó sobre su frente con una expresión terrible: contrajéronse todas sus facciones que perdían ó aumentaban su severidad, á medida que cedían ó imperaban las ideas que dominaban su pensamiento.

De repente se le vió hacer un esfuerzo para salir de aquel estado de duda insoportable, y en su fisonomía se pintó un aire de resolución irrevocable.

—¡Salgamos de este infierno!

Exclamó por fin con acento decisivo. Y al pronunciar estas palabras, cruzó el espacio que le separaba de la ventana en que había tenido fijos sus ojos; detúvose debajo del farol cuya opaca luz apenas podía traspasar los vidrios empañados por el agua; sacó de la cartera un papel y un lápiz; trazó algunas pala-

bras; se dirigió á la ventana que se abrió á un fuerte impulso que hizo; arrojó por ella el papel que acababa de escribir; murmuró algunas palabras de amargura; y se alejó tomando el camino del centro de la ciudad, perdiéndose á poco entre las sombras del acueducto que, en aquella época, se prolongaba hasta la esquina de la calle de la Mariscalá.

Poco despues calmó la tempestad su furia; y las espesas nubes caminando rápidas hácia el horizonte, dejaron ver un cielo cubierto de estrellas.

Trascurridos algunos instantes, la mujer que habia corrido á la alcoba en que dormia el hijo de su corazon, volvió á abrir la ventana; contempló extática el limpio azul del cielo, dirigió luego la vista hácia el arco del acueducto en que habia permanecido el embozado, y al ver que no estaba, volvió á fijar en el cielo sus hermosos ojos humedecidos por dos lágrimas que descendieron suavemente por sus mejillas.

—¡Pobre Miguell Se ha ido tal vez acusándome de indiferente y despiadada. ¡Indiferente!... ¡Ah!... plugiuese al cielo que lo fuera; pero por desgracia mi corazon le a....

Y como asustada de la palabra que involuntariamente se habia asomado á sus labios, se estremeció violentamente; detuvo su pensamiento; meditó en los deberes que le imponian la religion y la sociedad; y exhalando un suspiro que envolvía una historia de recuerdos, se quedó abatida; pero con esa dulce resignacion de los mártires que posponen todos sus sentimientos á los salvadores preceptos de la consoladora religion.

—¡Soy madre y esposa!

Exclamó por fin. Y escudada con estas palabras que revestían su alma de una energía superior á las debilidades humanas, trató de desalojar de su último atrincheramiento la memoria de un hombre á quien no podia corresponder, sin cubrir de infamia los dos nombres que habian pronunciado sus labios.

¡Pensamiento sublime! Recurso poderoso con el cual se hace invulnerable á todo sentimiento bastardo el corazon de la mujer! ¡Qué pasión, qué afecto, qué interes, no es capaz de sacrificar una madre cuando se trata de la honra, del porvenir, del buen nombre de sus hijos?

Tanto cuanto tiene de débil la mujer en el

orden físico, tiene de fuerte, de invencible en el orden moral.

Nadie es capaz de llevar la abnegación á un grado tan alto, tan completo, tan absoluto, como esa hermosa mitad del género humano á quien el hombre calumnia por costumbre, á quien el hombre no hace justicia, porque tenemos demasiado amor propio para confesar esa superioridad que en ella reconocemos.

Nuestra heroína, encastillada en su última idea, no pensó ya en el mortal por quien sintió el primer amor; pero como si el recuerdo que le imponía el deber de madre y de esposa no fuese bastante, buscó en lontananza algún objeto que parecía esperar inquieta, y dejó escapar estas palabras.

—¡Mucho tarda Enrique!

El ruido producido en aquel instante por un coche que se dejó ver de repente en el fondo de la calle, llamó su atención.

Un rayo de esperanza brilló en la expresiva mirada de la hermosa que no apartaba la vista del carruaje. La jóven, al reconocerlo, exclamó trasportada de gozo:

—¡El es!

En seguida cerró de golpe la ventana, y dirigiéndose á la criada que cuidaba del niño en la pieza contigua, añadió:

—Abre la puerta de la calle, Juana, que ahí llega Enrique.

La criada obedeció, y abrió la puerta, á la vez que desmontaba del coche un arrogante jóven, elegantemente vestido.

—¿Está Luisa?

Preguntó el nuevo personaje, penetrando en el zaguan.

Sí, señor: ahí está.

Contestó la criada.

—¿Sola?

—Sola.

—¿No está su esposo?

—No señor.

—Poco celoso debe ser.

Murmuró en voz imperceptible el arrogante jóven al ir á poner el pié en el zaguan; pero el cochero le atajó el paso preguntándole.

—¿Espero, ó me voy?

—Espera.

—Está muy bien, señor amo.

El hombre entró ya sin detenerse donde

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

se encontraba la jóven que habia permanecido esperándole toda la noche.

La criada que abrió la puerta, en vez de volverla á cerrar, se quedó en el dintel mirando hácia el arco del acueducto en que poco antes habia estado el embozado.

—Sin duda se ha cansado de esperar.

Dijo la criada viendo que no estaba el misterioso personaje.

En seguida cerró de golpe la puerta.

El viento siguió silbando aunque con menos fuerza.

La luz del farol continuó alumbrando débilmente la plazuela.

Y el auriga que habia vuelto á montar en una de las mulas, permanecía quiéto, embozado en su capote azul, en espera del personaje que habia entrado en la casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO REYES"
1900. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO III.

Una visita.

El hombre á quien la criada habia abierto la puerta, y que acababa de entrar en la casa, era de arrogante porte, de finos modales, de gallarda presencia y de amena conversacion.

Llevaba entonces un frac azul con boton dorado, pantalon negro de finísimo paño, corbata de raso que remataba en un gracioso lazo; chaleco de terciopelo ricamente bordado, guantes blancos de exquisita cabritilla, y flamantes botas de lustroso charol.

Su fisonomía era simpática, y aunque examinadas separadamente sus facciones no podian calificarse de perfectas, presentaban, al primer golpe de vista, ese agradable conjunto

que suele arrancarnos estas palabras: *es un buen mozo.*

La hermosa que le había estado esperando, era por el contrario, perfecto tipo de esa mezcla de la raza española y mexicana; tipo en que se compendian todas las gracias, todos los atractivos, toda la ternura con que la naturaleza ha dotado á la mujer.

Las embalsamadas auras de América habían comunicado á sus delicadas facciones su dulzura, su suavidad y su agradable frescura; la flor del granado y las rosas de los pensiles de Anáhuac llevaron á sus rientes labios el nacarado tinte de sus perfumadas hojas; y el bello sol de México había bañado su finísimo cútis y sus purpúreas mejillas, desliendo dudosamente de sus celajes ese purísimo color que participa del lirio y de la rosa, imperceptiblemente moreno, el mas seductor, el mas delicado, el mas expresivo de todos los colores. Su frente despejada y limpia como el cielo de su patria, era el espejo donde se reflejaba el talento de una imaginacion privilegiada. Sus negros ojos, velados por luengas y sedosas pestañas, los fieles intérpretes que enviaban en una de esas indefinibles miradas

que nos fascinan, que embriagan y conmueven, toda la pureza de una alma sin mancilla; y su poética y seductora cabeza, velada por una abundante, negra y ondulosa cabellera que realzaba el delicado contorno de su ovalado semblante, indicaba la dulce afabilidad, la ternura y el cariño de los ángeles.

En perfecta armonía con las delicadas formas de su hechicero rostro, se encontraba su airoso cuerpo, esbelto y flexible como la palmera, ligero y gracioso como el de Diana. Una bata airosa, amplia, de gasa blanca, ceñida á la cintura con una cinta ancha azul celeste, envolvía su vaporoso talle, realzando las gracias de su bello contorno, como realzan los diáfanos celajes la misteriosa faz de la plateada luna.

La edad de esta seductora mujer que resumía en sí sola todos los atractivos con que han revestido los poetas á las huris y á las ondinas, sería como de 18 años: la del jóven no debía pasar de los 27 ni bajar de los 25.

—¡Hermana mia!... ¡querida Luisa!

Dijo Enrique al entrar en la pieza en que le esperaba la jóven, y abrazándola con el afecto mas tierno.

—¡Ah!.... ¡eres tú, hermano mio? ¡Cuán feliz soy ahora! Temí que la tempestad me privase de tu visita.

—¡Y Fernando?

Preguntó Enrique con ansiedad, cogiendo entre sus manos las de su querida hermana.

—Ha salido.

—¡También esta noche!

Exclamó el jóven con extraño acento, dejando ver en su rostro un gesto de disgusto.

—Ya te he dicho varias veces—dijo Luisa, sin advertir aquel cambio en la fisonomía de su hermano—que me deja en cuanto suena el toque de ánimas, y que vuelve á la una, sin que hasta ahora me haya querido decir el sitio á dónde vá, ni la causa que le obliga á obrar de esta manera.

—No sé qué pensar de su extraña conducta.

Pronunció Enrique fijando los ojos en el suelo con aire pensativo.

—¿Qué te pasa, hermano mio?

Y Luisa se acercó con cariñosa curiosidad á su hermano, é inclinó su hechicera cabeza sobre su hombro.

—Que dudo de la fidelidad de tu esposo.

La jóven se estremeció como el tímido cervatillo al rugido del leon; alzó la cabeza como si despertase de un profundo sueño, y dejó ver en la expresion de su mirada, la inquietud y la ansiedad mas intensas.

—¿Qué estás diciendo, Enrique?

Y Luisa fijó los ojos en los labios de su hermano, como si necesitase ver el movimiento de ellos para convencerse de lo que sus oidos escuchaban.

—Digo que dudo de su fidelidad; que en vez de corresponder al sacrificio que hiciste de unirme á él por acatar el mandato de un padre moribundo, te ofende y te desprecia: que cuando debiera hacerte olvidar la memoria de un hombre que era tu existencia, prodigándote todas las atenciones á que por tu virtud eres acreedora, abusa de tu debilidad y te abandona; que su conducta es injustificable; y en fin, que abrigo vehementes sospechas de que su cariño pertenece á otra mujer por quien te olvida.

Mientras Enrique se expresaba de esta manera, exaltado de noble indignacion, Luisa le miraba sin perder el mas leve de sus movimientos. En los rostros de ambos herma-

nos se marcaban las distintas afecciones de que en aquel instante estaban dominados. Mientras Enrique movía los brazos con violencia, Luisa los tenía lánguidamente cruzados sobre el pecho como el reo que acaba de escuchar su sentencia: cuando el primero, plegando el entrecejo, enviaba una de esas miradas terribles, amenazadoras, la segunda fijaba sus bellísimos ojos en el retrato de su finado padre, colgado en la pared, como aquel que resignado sacrifica sus aspiraciones en aras del amor filial. Las facciones del uno reflejaban la indómita fiereza, el corazón del hombre que no puede supeditar los sentimientos que le hieren, que le desgarran: las de la otra indicaban la fuerza de voluntad del sexo hermoso, vinculado en la abnegación, en el sufrimiento interno, en la resignación. Enrique personificaba el valor del hombre: era el San Miguel amenazando con su espada al ángel rebelde; Luisa representaba el amor de la mujer; era la Virgen que sufría sin quejarse al pie de la cruz, todos los tormentos, todos los pesares.

Enrique se detuvo de repente en medio de la estancia; bajó la vista al suelo con aire re-

flexivo; inclinó su frente en el dorso de la mano derecha, cuyo codo se apoyaba en la palma de la izquierda; ocultó el labio inferior entre sus dientes, oprimiéndole con fuerza, y permaneció así un instante ocupado en serias reflexiones. A poco sus ojos se inflamaron, su pecho se oprimió con violencia, levantó la cabeza, y exclamó con acento terrible.

—¡Ese hombre te ofende: ese hombre te olvida!

Luisa palideció al sonido de aquellas funestas palabras; pero sin embargo, quiso cerrar su alma á la sospecha, y respondió con el acento del dolor.

—No.... no.... eso es imposible... porque eso sería una infamia!

Y sus ojos buscaron en los de su hermano una respuesta que la afirmase en su creencia. Verdad es que no amaba á su esposo, porque, como Enrique había dicho, el ruego de un padre moribundo formó aquel matrimonio; pero por eso mismo se creyó con mas derecho á su fidelidad. Había sacrificado por unirse á él todas sus ilusiones, sus mas risueñas esperanzas: había renunciado por él al cariño del hombre que había hecho latir su corazón de

amor; que todos las noches permanecía debajo del arco del acueducto embozado en su capa sin apartar la vista de ella; y aquello, en su concepto, merecía otra recompensa que la traición y el desprecio.

Enrique, que cuanto mas meditaba en la extraña conducta de Fernando, creía encontrar mayores pruebas de su infidelidad, observó:

—De otra manera, ¿cómo se explica el que te abandone en una noche como esta, en que se teme un pronunciamiento que inunde de sangre las calles de la capital?

—¿Será posible?... ¿se espera una revolución?... .

Dijo sobresaltada y llena de espanto la hermosa jóven.

—De un momento á otro.

—¡Dios mío!

—Los yorkinos se han apoderado ya de la Acordada en que el gobierno tenia un gran depósito de cañones y de municiones, y se disponen al ataque.

—¿Y cuál es su plan?

—La expulsión de los españoles.

—¿Pero estás seguro de que será esta noche el pronunciamiento?

—No te puedo decir otra cosa sino que me he encontrado con varios grupos de gente del bajo pueblo, armada, que se dirigia al sitio que de nombrar acabo.

—¡Y Fernando fuera de casa!

Pronunció afligida Luisa, sin acordarse ya de otra cosa que del peligro en que creía á su esposo.

—Ya ves si tengo motivos para dudar de su conducta.

—Pensemos en su peligro, no en sus ofensas,—advirtió la digna esposa;—su vida me importa mas que mi felicidad, porque de ella estriba la ventura de mi hijo.

Enrique estrechó la mano de su hermana impulsado por ese sentimiento puro que nos inspira la virtud.

—¡Cuán buena eres, Luisa!—añadió en seguida besándole la mano.—¡Tu alma es la de un ángel cuya ternura está muy lejos de apreciar en su justo valor el ingrato esposo que te abandona.

Luisa dirigió á Enrique una mirada suplicatoria en que le rogaba no le hablase de un

33986

asunto que rasgaba su corazón. El joven comprendió lo que de él se exigía, y admiró más y más los nobles sentimientos de su querida hermana.

—Está bien—la dijo—no hablaré más de mis sospechas. Pero no te dejaré hasta que no vuelva Fernando, porque no es prudente que permanezcas sola en una noche en que pueden ocurrir desgracias.

—¡Ah! . . . — exclamó Luisa con la más honda efusión de gratitud.—¡Tú eres la única persona que se interesa por mi felicidad!

—No solo yo, hermana mía; hay también otra persona que solo piensa en tu ventura.

—¿Quién?

Preguntó la joven con sencillez.

—Miguel.

Luisa sintió agolparse á sus mejillas toda la sangre del corazón. Enrique continuó.

—Sí; Miguel que es tan desgraciado y tan noble como tú.

—¿Por qué poner el dedo—dijo la joven con tristeza—sobre la viva herida que nunca se cerrará? . . .

—¿Nunca?

—Nunca. ¡Si yo hubiese seguido tus consejos! . . . pero ya no hay remedio.

—¡Pobre Luisa!

Pensó interiormente Enrique, contemplando á su triste hermana en cuyos ojos empezaban á brillar algunas lágrimas. Y ambos quedaron en silencio por largo espacio, hasta que Enrique añadió:

—¿Y ha venido esta noche?

—Como siempre.

—¿A pesar de los riesgos á que se exponía?

—¿Riesgos?

Interrumpió asustada Luisa, como si le viese amenazado de ellos en aquel instante.

—¿Ignoras que es ayudante del ministro de la guerra?

—Es verdad.

—Muy mal lo hubiera pasado si hubiese caído en poder de los pronunciados.

—Ha sido una imprudencia.

—¿Y quién no las comete cuando ama como él?

—Sí, pero debiera ya olvidar ese amor.

—¿Te ofende con él cuando es tan puro como el que yo te consagro?

—No; pero me expone: porque si Fernando llegase á verle alguna vez....

—Imposible; él sabe muy bien que de noche se ausenta de casa y que no vuelve hasta muy tarde.

—Sin embargo....

—¡Pobre Mignell!.... A mí me comunica todas sus penas; me ha confesado esta debilidad; me ha dicho que necesita verte aunque sea de lejos para soportar la vida; me ha pedido mi consentimiento para hacerlo, y como conozco la hidalguía de su noble alma, nada he podido negarle.

El ruido de voces de varias personas que hablaban en la calle, vino á cortar aquel diálogo.

—¿No has oído?

Preguntó Luisa.

—Sí, están hablando debajo de la ventana.

—¿Qué será?

—Véamos.

—Pronunciados tal vez.

Y en tanto que Luisa decia estas palabras, Enrique se habia acercado con sigilo á la ventana, al través de cuyos cristales miraba lo que pasaba en la calle.

—¿Ves algo?

—¡Silencio!

Dijo en voz baja Enrique llevando el dedo índice á los labios, y haciéndola señas de que se acercara.

—¿Hay novedad?

Preguntó en el mismo tono misterioso la jóven, caminando poco á poco sobre las puntas de los piés, en direccion á donde estaba su hermano.

—Son pronunciados.

—¿Y Fernando ausente!

—Nada temas. Pero escuchemos.

Y ambos aplicaron el oído al marco de la ventana para no perder ni una sola de las palabras que pronunciaban en la calle.

Los pronunciados, bien agenos de pensar que eran espiados, ó cuidándose muy poco de que pudiesen ser oídos, mantenian un animado diálogo que dejamos pendiente para el otro capítulo.